



El perdón de Dios no tiene medida

XXIV Domingo del Tiempo Ordinario. 17/09/23

El Evangelio de hoy es la prolongación del que nos ocupaba el domingo pasado; Jesús necesita dejar muy claro, sobre todo a los discípulos, el significado del perdón de Dios; la misericordia que no tiene medida ni límites. Prestemos atención al fragmento del texto evangélico.

Evangelio de Mateo 18, 21-35.

«Acercándose Pedro a Jesús le preguntó: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?». Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino **hasta setenta veces siete. Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. [...] Entonces el señor lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”. Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».**



Para meditar:

- Este fragmento del Evangelio de Mateo continúa profundizando en el mensaje sobre el perdón. La Palabra de Dios nos presentaba, entonces, la importancia de la comunidad y la corrección fraterna y, hoy, continúa con la pregunta que Pedro expone al Maestro, en referencia al versículo 15 de este mismo capítulo: «Si tu hermano peca contra ti, repréndelo estando los dos a solas. Si te hace caso, has salvado a tu hermano». Cefas se muestra preocupado por el número de veces que una persona debe perdonar. Es fácil ponerse en su lugar. Jesús le contesta que debe perdonarlo de manera perfecta, sin restricciones.
- El perdón es, a la vez, muy sencillo desde la perspectiva de Dios, y muy difícil desde el horizonte limitado de cada ser humano (González-Carvajal, 263), pero indispensable para la convivencia fraterna de la comunidad cristiana. No podemos negar que la acción de perdonar y ser perdonado tiene un poder sanador para el ser humano, aunque perdonar de corazón, “a la manera de Dios” no es sencillo; conlleva un proceso, dentro del cual hay una parte importante: restituir el mal realizado, o el daño causado, si es posible. A veces llegamos tarde o el agravio es irreversible.
- Al dañar la comunión con el pecado, las personas que están a nuestro alrededor, la convivencia y el ambiente, se resienten. Para que la comunión vivida y sentida se recupere, hemos de reorientar nuestra vida hacia el perdón, hacia los más pequeños, hacia aquellos a quienes hemos dañado o nos han dañado, convertirnos de corazón, reconociéndonos limitados e imperfectos (LS 218) procurando sanar las heridas que provocamos o nos han provocado.
- Los pecados y heridas ecológicas y sociales no pueden ser una excepción. La ecología integral, de la que habla el papa Francisco en la Laudato Si', no se entiende sin el esfuerzo que nos supone dar la vuelta a nuestra forma de actuar y poner nuestro corazón patas arriba, como resultado de la misericordia que nos abraza a nosotros mismos, a nuestros semejantes y a toda la creación (LS 213).

Fátima Noya Varela, Santiago de Compostela, España.

Para orar:

Habitas, mi Dios, en mi pequeñez imperfecta; lamentas las heridas de toda persona y de la Creación entera. Sufres con cada ser. Que nunca me falte tu perdón, Dios mío; que nunca yo deje de perdonar. Cámbiame desde dentro y conviérteme para que pueda anunciar tu perdón al mundo. Amén.